

RESPUESTA

Caminos quedan

Simón Urbina A.⁴

Esta réplica a los comentarios de Luis Cornejo, Benjamín Ballester y Andrea González (en ese orden recibidos) no vuelve necesariamente al contenido de los “apuntes”, pero sí espero se entienda mi profundo sentimiento de gratitud por haber aceptado participar de esta conversación. He tomado la libertad de escribir considerando los aspectos más subjetivos que han generado estas lecturas, reconociendo que lo esperado ya se encuentra dicho o será dicho en la tribuna de este Boletín. De esta manera, de la mano del miedo y la ansiedad que provocan las imágenes futuristas, las pesadillas panópticas y las melodías globalizantes que nos merodean y, sin querer redundar en el somero tratamiento sobre la arqueología chilena que intenté anotar, me concentraré en las reacciones, los escenarios y especialmente las metáforas, algunas antiguas y otras nuevas (Valdés 2017).

Arqueología ciberpunk

La ficción de nuestro futuro propuesta por Ridley Scott en *Blade Runner* (1982), inquietantemente audible en la banda sonora de Vangelis, incluye la idea sacrificial de la decadencia de Occidente, de nuestras ciudades con extensos basurales humeantes y áreas radioactivas periféricas, calles frías, multiculturales, consumo incógnito en noches eternas, bosques de rascacielos, neones gigantescos y autos voladores. La imagen perturbadora que propone Luis Cornejo en su comentario es uno de los filones donde debemos dejar la pluma tocar el papel y derrochar tinta (teclear el teclado suena mal), dejar caer miles de palabras desde lo alto de nuestros autos/computadores suspendidos en el aire.

Para escribir “los apuntes” trabajé (escribí) imaginando, porque nunca he visto uno de verdad, más bien un auto negro, muy brillante (lavado), marcos cromados, asientos de cuero (no se si natural o artificial), en un camino de tierra en un desierto colmado de luz celeste, cerros vivientes, cruzados por líneas de alta tensión; algo parecido a los caminos que cruzan la pampa del Tamarugal o Sonora y que en un rincón inesperado tropiezan con las ruinas de una salitrera o con la casa de Julio César. El mapa no es lo importante indicó Andrea González, le creo, reflexionar sobre los caminos, los autos y las sillas sí lo es. Fue un ejercicio de necesaria extradición a una frontera para quienes nos formamos como arqueólogos en Santiago y que debíamos viajar a hacer arqueología a cientos de kilómetros de distancia, pero el vértigo provocado de golpe al observar esos acantilados de concreto a kilómetros de altura y en monumentales ventanales iluminados por hologramas en la noche de los tiempos ha generado un caudal de ideas que conviene dejar entrar en esta réplica, sin que con ello se piense que somos (todavía) replicantes persiguiendo (comentando) a replicantes.

4 Escuela de Arqueología, Universidad Austral de Chile, Puerto Montt-Chile. simon.urbina@uach.cl

La amena deriva de las ciencias humanas y sociales hoy consiste en que tenemos, nos hemos entrenado en ello, una gran capacidad de análisis, comprensión e interpretación de las realidades sociales; de mediar entre fenómenos culturales, materiales e ideas que guían a otras personas y colectivos: los textos impresos de un museo, un libro de divulgación, un artículo (ojalá) muy leído, una conferencia multitudinaria (o ni tanto) en Zoom.

Ese poder del lenguaje hablado y escrito, las extrapolaciones e interpolaciones imaginativas, incluyendo la creación de mapas infinitos, visualizaciones completas de la superficie terrestre, prospecciones en Google Earth, fotografías microscópicas, cuadros cronológicos recostados sobre curvas de polen y fluctuaciones hídricas, reconstrucciones ideales de especies, artefactos, aldeas, paisajes, personas, se ven debilitadas por la fragmentación competitiva del trabajo y la creación intelectual encasillada, pero especialmente por el desincentivo a conocer nuestro pasado disciplinario con todas sus miserias, desencuentros y logros, como parte de nuestra identidad, y reconocerlo en sus dimensiones subjetivas siempre desde enunciaciones personales o ancladas en el lugar de proveniencia como me reprocha Benjamín Ballester.

¿Hacemos una arqueología hoy que contribuye a olvidar nuestro futuro? Alberto Santamaría escribió en 2008 el breve artículo *Zona De Ansiedad. Algo Sobre Arqueología Ciberpunk* en la Revista Quimera, donde, sin siquiera hablar de arqueología (pues arqueología se usa en literatura o filosofía para hablar de cosas distintas a nuestras arqueologías), traza la genealogía del movimiento literario y de obras de ficción cuyos despuntes se observaron en la primavera boreal de 1980 y las flores, con fuerza, entre 1983-1984 (Santamaría 2008:45). La cibernética⁵ definida en su significado moderno por el matemático Norbert Weiner en 1948, se basa en la idea según la cual los cuerpos biológicos como las máquinas son sistemas autorregulados y conectados, pues funcionan en términos de control y comunicación. Su cronología de la historia humana y de las máquinas, nos recuerda Santamaría, contempla cuatro fases: a) la era golémica o del mundo pretecnológico; b) la era de los relojes (siglo XVII-XVIII), c) la era del vapor (siglo XVIII-XIX), y d) la era de la cibernética (que es la nuestra), fundada en la comunicación y en el control, claves para el ciberpunk.

Pues bien, la arqueología ciberpunk nos hace vivir (o pensar que vivimos) en la apoteosis de lo instrumental, la arqueología entre personas y máquinas: nosotros, el computador, el celular, el GPS, el procesador de textos, la impresora y un infinito: el dron, el georradar, la estación total, el software para producir imágenes y gráficos, etc. Y sigo nuevamente a Santamaría, quien toma la expresión “*La calle usa las cosas a su modo*” de William Gibson, autor del *Neuromante* (1984), para estimar que a partir de ella y junto a la imagen del ciberespacio se construye un nuevo modelo de sublimidad en la era tecnológica, donde tecnología, naturaleza y ficción se unen, y en nuestra arqueología, a veces a duras penas, también se unen, colaboran y muchas veces o cada vez más, dependemos de esa unión; y, como señala González sacrificando reflexividad a raudales. Y agrega (Santamaría) que Gibson necesitaba en su obra el desequilibrio generado por el binomio ciberpunk para representar una cultura paradójica, sumida en el conflicto. Csicsery-Ronay en un artículo publicado por *Mississippi Review* de 1988, titulado *Cyberpunk and Neuromanticism*, establece que “*La cibernética es una paradoja: simultáneamente una visión sublime del poder humano sobre el azar y una argumentación sombría del proceso de expansión mecánica del capitalismo multinacional. La cibernética es, por tanto, en parte filosofía natural, en parte nigromancia y en parte ideología*” (Csicsery-Ronay 1988,

5 Del inglés cybernetics, y este del griego κυβερνητική *kybernētikē* “arte de gobernar una nave”. Diccionario RAE 2019.

en Santamaría 2008:47). Menos pesimista, Adriana Valdés sostiene que “*El conocimiento, en una era de mutación tecnológica, puede buscar metáforas nuevas. Las tecnologías modifican constantemente sus maneras de extender las capacidades humanas... o de inhibirlas*” (Valdés 2017:98-99) y hace referencia a la imprenta, al computador... y al ya mencionado automóvil (de tierra o volador da igual).⁶ ¿Qué aspectos de la arqueología nos hace arqueólogos/as? ¿Qué es lo natural y lo artificial cuando estudiamos la cultura material y las relaciones humanas?

El Pecado de los Pecados

Así designaba Lucien Febvre el anacronismo en la práctica historiográfica europea. Bueno, a la cabeza del árbol genealógico pondría a Medina (lo dije), más acá, también a Grete Mostny y a Victoria Castro. Diría, la arqueología chilena es (era) al menos un clan cónico jerárquico con múltiples linajes que han sufrido procesos de institucionalización y desarraigo de distinta naturaleza; todos ellos herederos de migraciones, guerras, agrupaciones e instituciones decimonónicas. La ancestralidad tiene en este punto un componente institucional: no es en particular Orellana, Thomas, Jackson, Invernizzi, Silva, Mellafe o Góngora; tampoco es exclusivamente arqueológica. Seguiré la metáfora etnológica de Ballester aquí (aunque me cueste): otras tribus se desarrollaron (y desarrollarán) en el norte y el sur, cuyas historias no podría intentar apuntar ni de cerca: bien valdría la pena analizarlas con sumo detalle. Es imposible que no haya referente tribal o totémico en esos casos, no hay razón de renunciar a su búsqueda y no hay pecado en reconocerlo, pues al parecer no hay pecado si no hay parricidio o anacronismo.

Ahora bien, al terminar el siglo XX veo diferentes clases sociales más que una predominante como si ocurre/ocurrió a fines del XIX. A principios del siglo XXI esto es evidente en la renovación de los cuadros directivos de los grupos corporativos, en la apertura de nuevas carreras y en los masivos ingresos con “gratuidad” a programas de pregrado en arqueología; y paralelamente veo que el antiguo clan parisino, londinense, madrileño, porteño, del DF, limeño, santiaguino ha estallado. Empezar rumbos errantes y no recordar a la parentela no es un problema, pues siempre otras/os vendrán y pondrán sus/tus/nuestros nombres en el árbol.

Sobre mi “diálogo anacrónico”, efectivamente, un recurso literario poco novedoso debo reconocer, los nombres, los períodos, las profesiones de origen, los grupos, la tensión y el conflicto no pueden diluirse en la licuadora de la globalización, ni en una suerte de Pangea digital sin fronteras. Ni d’Orbigny ni Bollaert fueron arqueólogos, pero, si bien nos son útiles para nuestras propias investigaciones pues podemos recortar con tijeras y recomponer nuestras interpretaciones con fragmentos de sus escritos, no los imagino de vacaciones anotando en sus diarios románticas descripciones de las costas y los pueblos sudamericanos; también (otra lectura) prospectaban recursos naturales (mineros) y logísticos (cabotaje) para sus estados coloniales.

6 Vuelvo a citar a Valdés (2017: 99), quien comenta la emergencia de la metáfora del mosaico (la yuxtaposición, los fragmentos) en el arte y la literatura y que en asociación con las nuevas tecnologías promueve en las nuevas generaciones razonamientos más intuitivos y menos lógicos; mentalidades más plásticas y aprendizajes más acelerados, en tensión con: “... la inhibición de algunas capacidades de razonamiento lineal que antes se daban por comunes a todas las personas educadas. Es decir, todo aquello que es un “medio” para “extender” nuestras capacidades tiene doble y triple filo. Repito a Nicanor Parra una vez más: “**El automóvil es una silla de ruedas**”. Lo que nos extiende también nos limita, y también nos modifica desde los hábitos físicos evidentes hasta lo más sutil de nuestro funcionamiento mental inconsciente” (el énfasis es nuestro).

Por otro lado, la Sociedad Arqueológica de Santiago era un grupo corporativo cuasi aristocrático de fines del siglo XIX, que por la misma razón creo supone valorar y analizar mejor su contribución y es mérito de Orellana haberla ubicado una “etapa orgánica inicial” del trabajo arqueológico; y tengo la impresión (una hipótesis suena mejor) que si escudriñamos un poco más en las actuaciones de sus integrantes veremos algunos hilos vitales que conducen a otros otros grupos (huaqueros y coleccionistas incluidos) y desarrollos institucionalizados de la arqueología chilena que valdría la pena estudiar.

Efectivamente creo haber incidido o reincidido en un diálogo anacrónico con un par de personajes que se han ocupado de historiar la disciplina para resaltar algunos olvidos recientes. La lista de hitos cronológicos del final de los “apuntes” es sólo un recurso didáctico y debo decir, en mi defensa, que he incluido y le he dado todo el crédito en el “hito 11” a Carlos Thomás, quien (no diré que fue el primero) revisó críticamente la historia del pensamiento arqueológico chileno antes que Orellana y siendo un estudiante de pregrado. Debo conceder, también escuchando a González, que demanda reconocer lo parcial y provisoria – y suma: social y sucia- de cualquier intento de historia objetiva, que los apuntes debieran haberse llamado “*Apuntes sobre historia de la arqueología desde Santiago de Chile (siglo XXI)*”, reconociendo también que la necesidad de construir un hilo conductor homogéneo o una temporalidad homogénea y lineal para nuestra disciplina pueda resultar inoficioso y casi ofensivo (para algunos/as) en nuestros días ya que fácilmente se percibe como presentar limpias y sin arrugas, unas historias con algunas secciones bien tenidas, otras llenas de pliegues, manchas y agujeros.

Aunque hoy no parece existir un proyecto unitario, “una arqueología chilena”, no puede ser considerado un pecado pensar que en algún rincón existe o ha existido, que en algún punto o en varios esas hebras (ideas, prácticas, errores y éxitos) se trenzan, anudan y también se cortan. Se necesita más trabajo sobre el “registro del fracaso” como indica González, más búsquedas de archivo, entrevistas, conversaciones, más escritura, más cambios en las condiciones laborales, más escuelas, revistas, si lo que se persigue es *desjerarquizar* la disciplina, trizar (o deconstruir) su auto-representación monolítica. Ese monolito (tal como el lanzón) puesto en algún punto subterráneo de campus Juan Gómez Millas o entre éste y el Museo Nacional de Historia Natural, es el reverso y la costura de la historia centralista y androcéntrica del país, y debemos reconocerlo, es parte de la historia de algunos/as de nosotros/as.

Por último, cabría plantearse la duda respecto a si rechazar el anacronismo en la interpretación de la(s) historia(s) de la disciplina es también rechazar el encuentro de temporalidades heterogéneas y no concordantes (Rancière 2017:99-100), ya sea en los tiempos actuales y en otros tiempos pasados también heterogéneos. No habría en esos términos una linealidad evolutiva y por tanto una infancia (ayer), madurez (hoy) y decaimiento (mañana) para nuestra disciplina. Mi apuesta es: caminos quedan.

Referencias Citadas

- Real Académica Española. 2019. Diccionario de la lengua española, 23.^a ed., versión 23.3 en línea. <https://dle.rae.es> (11 noviembre 2020).
- Rancière, J. 2017. *Historia y relato*. Traducción y entrevista de Carlos Pérez López. Editorial Catálogo, Viña del Mar.

- García, M. 2010. Piedra Negra [Grabada por Manuel Gacía]. En: S/T [CD]. Oveja Negra, Santiago.
- Santamaría, A. 2008. Zona de ansiedad. Algo sobre arqueología ciberpunk. *Revista Quimera* 290:45-48.
- Valdés, A. 2017. Redefinir lo humano. Las humanidades en el siglo veintiuno. *Anales del Instituto de Chile XXXVI* (Estudios):85-110.